

A través del espejo

Mertz

Hugo Hiriart

Para librarnos, aunque sea momentáneamente, de descabezados, cárteles, corrupciones e ineptitudes y ahora, sobre todo, hallar un refugio donde guarecernos de la tempestad del fútbol, hagamos una visita a un viejo y singular artista: Kurt Schwitters.

Schwitters perteneció a la vieja guardia dadá con Tristan Tzara, Hugo Ball, Huelsenbeck, Picabia, Arp y muchos más. El movimiento dadá nació en 1916 en el Cabaret Voltaire de Munich y pronto se hizo internacional; años más tarde su espíritu liberador nutrió el surrealismo. Schwitters es conocido como el fundador y único representante del arte Mertz; fue Schwitters devoto del azar como todo buen dadaísta. Mertz es una palabra sin sentido tomada de un periódico y derivada de Kommertz (*Comercio* separada para nuestro artista, azares tipográficos en Kom-Mertz, y él se adueñó de la última palabra).

La fama de Schwitters se sustentaba sobre todo en un arte en el que fue el maestro insuperado: el collage. Sus trabajos en este orden son asombrosamente modernos. No contento con los cuadros, Schwitters se entregó a construir edificios collages (Mertzban). El destino le fue adverso —o, si se prefiere, los dioses celosos destruyeron sus voluntariosas torres de Babel—: durante la Segunda Guerra Mundial fue destruido su primer Mertz Ban, en el que había trabajado durante dieciséis años; el segundo Mertz Ban erigido en Noruega, a donde huyó del nazismo, ardió en 1951. Un tercer Mertz Ban, pequeño en comparación a los otros, se conserva todavía (;hasta cuándo?) en Newcastle donde acabó de refugiarse.

Bueno, Schwitters, como muchos de los dadaístas, fue poeta, cuentista y conferencista. Dicen que dictaba sus conferencias o leía sus textos en público con una impre-

sionante voz —esmeradamente cultivada al propósito— y una seriedad patibularia. El contraste entre aquella voz solemne y la naturaleza de sus escritos hacían un contraste irresistiblemente hilarante. Voy a contar brevemente uno de los cuentos, que adrede o por azar tiene cierto aire chino (recuerda esa obra maestra que consiste en una perentoria exhortación a los cocodrilos por parte de un funcionario cercano al emperador. La breve narración, a la que no falta, como verán un apólogo, bien que en este caso grotesco: en un zoológico se lleva a cabo una rifa de animales; el señor M. gana un león y el señor G. un hipopótamo. El señor M. pierde a su esposa por la voracidad del león y el señor G. pierde un brazo por la misma inclinación de su hipopótamo. El cuento termina con una grave petición: “quiero elevar mi voz, dice Schwitters, para exigir a las autoridades que prohíban terminantemente las rifas de animales en los zoológicos si quieren prevenir en los sucesivos este género de gravísimas desgracias”. Hay que imaginar este texto leído con extrema, lenta y algo pomposa seriedad por el artista, de seguro la representación fue hilarante.

El arte del collage (palabra francesa que quiere decir *pegadura* y en sentido familiar *enredo*, *lío*) se remonta, cuando menos, a los tiempos del cubismo analítico, en que Picasso y Braque, que estaban en plan de innovación frenética, dieron en pegar toda clase de papeles, por ejemplo recortes de periódicos, en sus pardas y bien construidas naturalezas muertas.

Pero ellos hacían estos añadidos moderadamente como un elemento más de una composición básicamente pintada. Kurt Schwitters totalizó el procedimiento: diversificó enormemente los elementos a pegar y los hizo ocupar toda o casi toda la tela. El

resultado tiene un brío armonioso que es muy difícil de obtener y que adelantaba en su energía lo que llegaría a ser la Action Painting de Nueva York.

El surrealismo es un movimiento esencialmente poético. Prácticas como la escritura automática puede funcionar mucho mejor en poesía que en prosa. Por otra parte, la pintura surrealista fue menos acertada e influyente que la poesía surrealista cuya influencia fue enorme (sólo recuérdese esa maravilla llamada *El poeta en Nueva York*) rastrear los rebotes y apariciones de la poesía surrealista es tarea de romanos. Del cine no digo nada: ahí están esas dos solitarias obras maestras, extrañas todavía, que son *Un perro andaluz* y *La edad de oro*. Miles de películas se han rodado desde entonces y nadie ha podido volver a alcanzar esa altura expresiva y esa pureza.

Como en casi todos los casos de artistas surrealistas, los apasionados e impredecibles pormenores de la vida del artista creador son casi tan interesantes como las creaciones que logró en esa vida. Kurt Schwitters no es la excepción. **U**



Kurt Schwitters, *Collage*